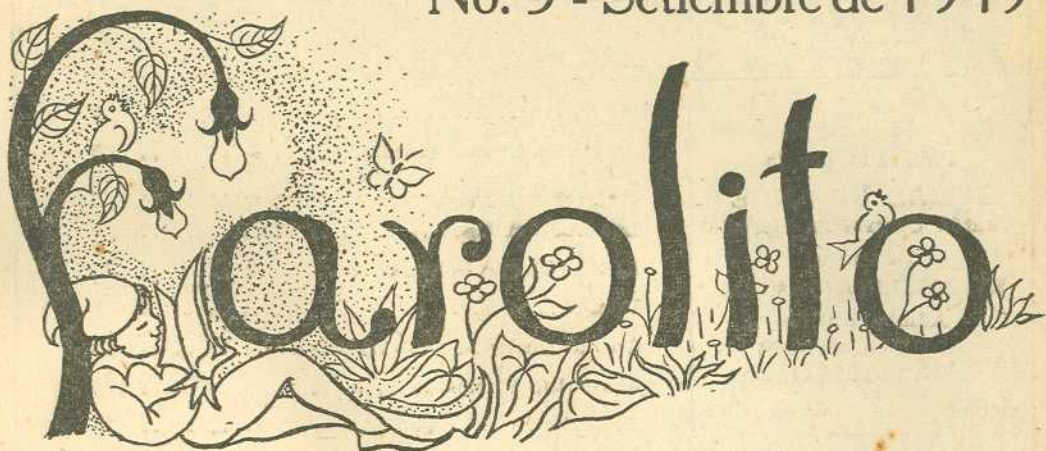


No. 3 - Setiembre de 1949



REVISTA INFANTIL NACIONAL

La Palabra de Martí

Patria es humanidad; es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía.

La batalla está en los talleres; la gloria en la paz; el templo en toda la tierra; el poema, en la naturaleza.

Estos son héroes: los que luchan para hacer a los pueblos libres o los que padecen en la pobreza y desgracia para defender una gran verdad.

José Martí



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
ANGELA SAENZ
EMMA MORALES
Heredia — Costa Rica

SETIEMBRE 1949
Nº. 3

Sumario

	Página
La Palabra de Martí	1
Mi Patria	2
Jack y la Habichuela	3
Los Dos Príncipes	8
Los Dos Príncipes	9
El Zurrón que Cantaba	11
Iglesia	13
Cuento Ilustrado, Adivinanzas	14
Los Niños Hablan	15
El Grillo	16

Maderas: Francisco Amighetti
Dibujos a pluma: Juan Ml. Sánchez

VALE:
₡ 0.20

Mi Patria

Paráfrasis de Schiller.

Soy ciudadano del mundo:
endonde abunda la vida
pongo mi afecto profundo,
tengo una tierra querida.

Endonde triunfa el derecho
y la paz une las manos
naturalizo mi pecho,
porque allí están mis hermanos.

Endonde surca el arado
o la nave, en cualquier parte,
mi enemigo es el malvado
y un ideal es mi estandarte.

Con hogar o vagabundo,
mi patria no tiene nombre:
soy ciudadano del mundo
y compatriota del hombre.

Roberto Brenes Mesén

OYE, AMIGUITO:

Si quieres llegar a viejo,
con plata para comprar
lo que puedas anhelar,
no olvides este consejo:
comienza hoy mismo a guardar.

Si a tus manos un dinero
llega con toda bondad,
no lo gastes por entero;
guarda una mitad primero
y gasta la otra mitad.

Quien guarda para el futuro
monedas de oro o de cobre,
ya puede vivir seguro
de que no tendrá un apuro
de los que afligen al pobre.

*El BANCO DE COSTA RICA, por medio de su SECCION
DE AHORROS, te ayudará en esa tarea, recibiendo y
guardando tus economías. Puedes depositar desde ₡ 1
en adelante. Cuando tengas ₡ 20 o más, entonces
se te pagará intereses.*

Fábrica de Persianas Venecianas Marengo Ltda.

Teléfono J. 5924

JOSE D. MARENCO
Gerente
SAN JOSE, COSTA RICA

Apartado 175

MARENCO LTDA.

Las Persianas Venecianas Marengo Ltda. representan una inversión duradera que imparte belleza y confort a sus habitaciones.

Fabricadas con el más fino aluminio Flexalum
y con las mejores maderas nacionales.

Ofrecemos también:

Tablas y mesas de aplanchar - Escaleritas livianas propias para el uso del hogar - Pizarritas con caballete para niños - Botiquines de pared y para embutir - Cenefas ornamentales para ventanas y una serie más de artículos para el ama de casa.

CONSULTE NUESTROS PRECIOS

LAS ULTIMAS NOVEDADES LAS ENCONTRARA EN LA

TIENDA SIMON

DE JESUS SIMON

FRENTE A LA ARTILLERIA

— TELEFONO 2880

Soda Díaz

Avenida Central

Los mejores *HELADOS*

Especialidad en

SANDWICHES

Gentileza en el servicio

RECORTE

este anuncio

y con ₡ 0.25 y el

anuncio recibirá

UN CONO



Jack y la Habichuela

Una vez era una pobre viuda con un solo hijo, llamado Jack, muchacho perezoso e irreflexivo del que no se podía sacar provecho. El único medio que tenían de vida era la leche de una vaca, que llevaban a vender al mercado. Un día, la vaca no dió leche y empezaron los apuros. La madre reprendió a su hijo por su holgazanería, pero él sólo pensaba en ir a vender la vaca a la próxima aldea y tanta matraca dió a su madre, que la pobre mujer acabó por consentir.

Por el camino encontró el muchacho a un viejo buhonero que le preguntó adónde llevaba la vaca. Jack contestó que iba a venderla. El buhonero llevaba unas habichuelas en la mano que llamaron la atención del muchacho, porque eran de variados colores y tan hermosas como nunca las viera. Esto no pasó inadvertido al buhonero, que preguntó el precio de la vaca y ofreció por ella todas las habichuelas que tenía en la mano. El imbécil muchacho no pudo ocultar la satisfacción que le produjo un ofrecimiento que creía tan ventajoso. Cerraron el trato en un momento y entregó la vaca a cambio de un puñado de despreciables habichuelas.

Cuando Jack llegó a su casa y enseñó a su madre el precio de la vaca, la pobre mujer perdió por completo la paciencia.

—¡Mira, mira para qué sirven tus preciosas habichuelas!— exclamó, arrojándolas al huerto por la ventana. Y, tapándose la cara con el delantal, prorrumpió en amargo llanto.

Jack trató en vano de consolarla, y, aquella noche, los dos se fueron a la cama sin cenar. Jack se despertó muy temprano al día siguiente y, notando que un objeto desconocido impedía pasar la luz por la ventana de su dormitorio, bajó al huerto y vió con asombro que algunas habichuelas habían echado raíces y crecido de manera sorprendente; tanto, que los tallos tenían una enorme corpulencia y ascendían, retorcidos y anudados entre sí, hasta perderse en las nubes. Jack, que tenía sangre de aventurero, decidió encaramarse hasta llegar a la cima, y sin pensarlo dos veces, empezó a trepar. Sube que subirás, al cabo de algunas horas de penoso ejercicio, llegó a la cima de la habichuela, completamente extenuado, y al volver los ojos a todos lados para saber dónde estaba, se halló en un país desconocido, donde no se veía alma viviente por ninguna parte.

Jack emprendió la marcha a la ventura, esperando encontrar alguna posada donde poder comer y beber algo. Anda, que andarás todo

4 el día y toda la tarde, ya empezaba a oscurecer cuando, con inmenso gozo, divisó, por fin, una casa grande. Una mujer de bondadoso aspecto estaba en el portal. Jack se dirigió a ella implorando un cacho de pan y albergue para pasar la noche. La buena mujer le dijo que era muy raro que un ser humano se dejara ver por las cercanías de su casa, pues hartó sabía todo el mundo que su marido era un poderoso gigante que sólo se alimentaba de carne humana, mientras pudiera disponer de ella, y que para obtenerla había de caminar cincuenta millas, siendo esta la principal razón de su ausencia de casa durante todo el día.

Estas noticias dejaron a Jack horrorizado, pero en la confianza de poder pasar inadvertido del gigante, volvió a rogar encarecidamente a la mujer que le dejase dormir allí aunque sólo fuera una noche, escondido en cualquier rincón. La mujer, que tenía un carácter dulce y compasivo, se dejó persuadir y lo admitió en casa.

Invitó a Jack a sentarse a la mesa y le sirvió de comer y de beber en abundancia, y como el muchacho se sentía tan a sus anchas, pronto olvidó sus temores, y ya empezaba a alegrarse cuando lo sobresaltó un espantoso golpe en la puerta, que hizo retemblar el edificio.

—¡Oh! Ya está aquí el gigante—exclamó la pobre mujer, temblando como una hoja,—y, si te ve, nos devorará a los dos. ¿Qué he de hacer?

—¡Escóndame en el horno!—gritó Jack. Y metiéndose en el horno, que por casualidad estaba apagado, pudo oír desde allí el vozarrón y las fuertes pisadas del gigante que entraba en casa.

—¡Mujer!—gritó con espantosa voz, apenas hubo entrado.—¡Mujer! ¿qué olor es éste?

“Un, dos, tres,
olor a carne de inglés.
Ya esté vivo o muerto esté,
sus huesos masticaré.”

—¡No digas tonterías!—gritó la mujer. —Por aquí no ha pasado nadie. Debes de oler la sangre de los dos terneros que has traído.

Por fin, el gigante se sentó a la mesa y, desde el resquicio del horno, Jack pudo ver, lleno de admiración, la enorme cantidad de carne que devoraba. Parecía que nunca había comido ni bebido, pero al fin acabó y, echándose atrás, llamó a su mujer con voz de trueno:

—¡Tú! ¡Tráeme la gallina!

La mujer obedeció y dejó encima de la mesa una hermosa gallina viva.

—¡Pon! —bramó el gigante, y la gallina puso inmediatamente un huevo de oro macizo.

—¡Pon otro! Y cada vez que el gigante pronunciaba estas palabras, la gallina ponía un huevo más grande que el anterior.

Después de divertirse un rato con la gallina, mandó a su mujer a la cama y se quedó dormido junto al fuego, no tardando en roncar como roncan los cañones.

Cuando estuvo bien dormido, Jack dejó su escondite, cogió la gallina y se escapó con ella. Salió de la casa sin contratiempo y, siguiendo

la carretera, corrió hasta encontrar la cima de la habichuela, por cuyos tallos bajó sin tropiezo alguno.

Su madre se regocijó al verle, porque temía le hubiera pasado alguna desgracia.

—¡Nada de eso, madre! ¡Mira!—Y le enseñó la gallina. —Ahora vas a ver: “¡Pon!”—La gallina le obedeció tan pronto como al gigante y le puso cuantos huevos de oro quiso pedirle.

Con el producto de estos huevos, Jack y su madre vivieron como reyes y durante algunos meses se sintieron felices, hasta que Jack no pudo resistir más el deseo que tenía de volver a subir por la habichuela, para apoderarse de algo más de las riquezas del gigante. Había contado a su madre la aventura. Cada día pensaba en realizar otro viaje, pero no se atrevía a revelar a su madre aquel deseo, seguro como estaba de que ella procuraría poner obstáculos a su cumplimiento. Un día, sin embargo, tuvo la suficiente osadía para decirle que estaba resuelto a emprender otro viaje de ascenso por la habichuela. Su madre le rogó y suplicó que no pensara siquiera en semejante cosa y se valió de todos sus recursos para disuadirlo, diciéndole que la mujer del gigante seguramente lo reconocería, y que el gigante no desearía otra cosa que apoderarse de él para darle una muerte cruel, vengando así la pérdida de su gallina. Jack, al ver que todos los razonamientos de su madre no debilitaban en nada sus deseos, guardó silencio y decidió marchar a todo trance. Tenía preparado un vestido para disfrazarse y una tintura para atezarse la piel, de modo que con aquel disfraz nadie sería capaz de reconocerlo.

Pocos días después, se levantó muy temprano y, sin que nadie lo viera, trepó por la habichuela por segunda vez. Al llegar a lo alto estaba fatigadísimo, pero continuó su viaje en dirección a la casa del gigante, adonde llegó de noche. La mujer estaba en el portal como la vez primera. Jack se dirigió a ella, rogándole que le diera algo de comer y albergue por aquella noche.



La mujer le contó—cosa ya sabida por él perfectamente—que su marido era un poderoso y cruel gigante, y que, desde una noche en que ella por compasión admitió a un pobre muchachito hambriento y abandonado, que por toda muestra de agradecimiento robó uno de los tesoros del gigante, su marido se había vuelto peor que antes. Jack hizo cuanto pudo por persuadirla, y por cierto que le costó trabajo. Por fin consintió en admitirlo y lo llevó a la cocina, y luego que le hubo dado de comer y de beber, lo escondió en el cuarto de los trastos viejos. Volvió el gigante a la hora de costumbre, entrando tan pesadamente, que la casa temblaba en sus fundamentos. Sentóse junto al fuego y gritó: “¡Un, dos, tres, olor a carne de inglés! ¡Eh, tú, mujer! ¡Qué significa esto?”.

La mujer dijo que tenían la culpa los cuervos, que habían dejado caer sobre el tejado un pedazo de carroña. Mientras se preparaba la cena, el gigante se mostró muy impaciente y gruñón, levantando con

6 frecuencia el puño contra la mujer porque no se daba bastante prisa.

Una vez terminada la cena, gritó:

—Tráeme las talegas del dinero.

Ella se las llevó, encorvándose bajo su peso. Eran dos. Una llena de guineas y otra de chelines. La mujer las vació sobre la mesa y el gigante se puso a contar las monedas con visible gozo, después de decirle:

—Ya te puedes ir a dormir.

La mujer obedeció y Jack, desde su escondite, viendo contar tanto dinero, sintióse dominado del deseo de poseerlo, porque con él se evitaría la molestia de ir cada día a vender los huevos de oro. Completamente ajeno a la estrecha vigilancia de que era objeto, el gigante acabó de contar y volvió a colocar el oro y la plata en sus respectivas talegas, atándolas cuidadosamente para dejarlas a los pies de su silla, junto al perrito que tenía la misión de guardarlas. Por fin se quedó profundamente dormido como la vez primera y empezó a roncar tan estrepitosamente, que Jack creyó llegado el momento de escaparse con las dos talegas; pero no bien puso la mano sobre la primera, el perrito, en quien no se había fijado antes, salió de debajo de la silla del gigante y ladró enfurecido. Tan desconcertado y despavorido se quedó Jack, que ni se le ocurrió emprender la huida, y permaneció inmóvil, esperando que el gigante se despertase de un momento a otro. Pero, con gran sorpresa por su parte, el gigante seguía profundamente dormido, y Jack, viendo un pedazo de carne, se lo tiró al perro, que cesó al instante en sus ladridos y empezó a devorarla. Jack se cargó las talegas, una en cada hombro, y escapó corriendo, deslizándose por el tallo de la habichuela, a cuyo pie encontró a su madre esperándole y muy contenta al verlo bajar sano y salvo.

Durante tres años no volvió Jack a subir por la habichuela para no disgustar a su madre, e hizo cuanto pudo para vencer el ardiente deseo que tenía de emprender otra aventura. Notando que sus anhelos iban cada día en aumento, empezó a preparar en secreto el viaje. Se procuró otro disfraz mucho mejor y más completo que el primero, esperó la llegada del verano, en que los días son más largos, y una mañana a primera hora y sin decir nada a su madre, subió por la habichuela. Llegó a la mansión del gigante al anochecer y, como de costumbre, encontró a la mujer en el portal. Iba tan completamente disfrazado, que ella no concibió la más ligera sospecha de que fuese el mismo; pero cuando el muchacho alegó tener hambre y ser pobre para que lo admitiesen, le costó penas y trabajos persuadir a la dueña. Al fin accedió ésta, escondiéndolo en la caldera. Cuando volvió el gigante, gritó enfurecido su eterno: "¡Un, dos, tres, olor a carne de inglés!", y por más que le dijo su mujer, no hizo ningún caso y se puso a registrar toda la casa. Mientras duró el registro, Jack creía morir de miedo y hubiera dado cualquier cosa por encontrarse en casita, bien tranquilo, y cuando el gigante se acercó a la caldera dió su muerte por segura. Pero nada sucedió, porque el gigante ni se tomó la molestia de levantar la tapa, al contrario, se sentó cerca del hogar y empezó a devorar su enorme cena. Al terminar, ordenó a su mujer que le fuese a buscar el arpa. Jack atisbó levantando un poco la tapadera y vió la más hermosa de las arpas. El gigante la colocó sobre la mesa y dijo:

—¡Toca! Y, sin que nadie la pulsara, tocó la más dulce música que pueda imaginarse.

Pero el arpa sonaba como un arrullo y el gigante se durmió antes que de costumbre. En cuanto a su mujer se fué a la cama tan pronto como pudo.

Cuando Jack calculó que ya no había peligro, salió de la caldera y, apoderándose del arpa, emprendió la huída. Pero el arpa estaba encantada y apenas sintió que la tocaban manos extrañas, se puso a dar gritos como si estuviese viva:

—¡Socorro! ¡Socorro!

El gigante se despertó, se levantó de un brinco y vió que Jack huía con toda la ligereza que sus piernas le permitían.

—¡Ah! ¡Granuja! ¡Tú me robaste la gallina y las talegas y ahora quieres llevarte también mi arpa! ¡Espera que te coja y verás como te voy a comer vivo!

—¡Muy bien, pruébelo!—le gritó Jack, que ya no tenía ningún miedo, al ver que el gigante era viejo y no podía correr mucho, mientras que él tenía piernas fuertes y ligeras y le llevaba bastante ventaja. Llegó él primero a lo alto de la habichuela y se deslizó por el tallo, mientras el arpa tocaba la más triste melodía, gritando a su amo de vez en cuando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Jack bajó con la mayor celeridad y el gigante le siguió detrás, pero no pudo darle alcance. Jack llegó al suelo y gritó a su madre, que estaba en la puerta de la casa:

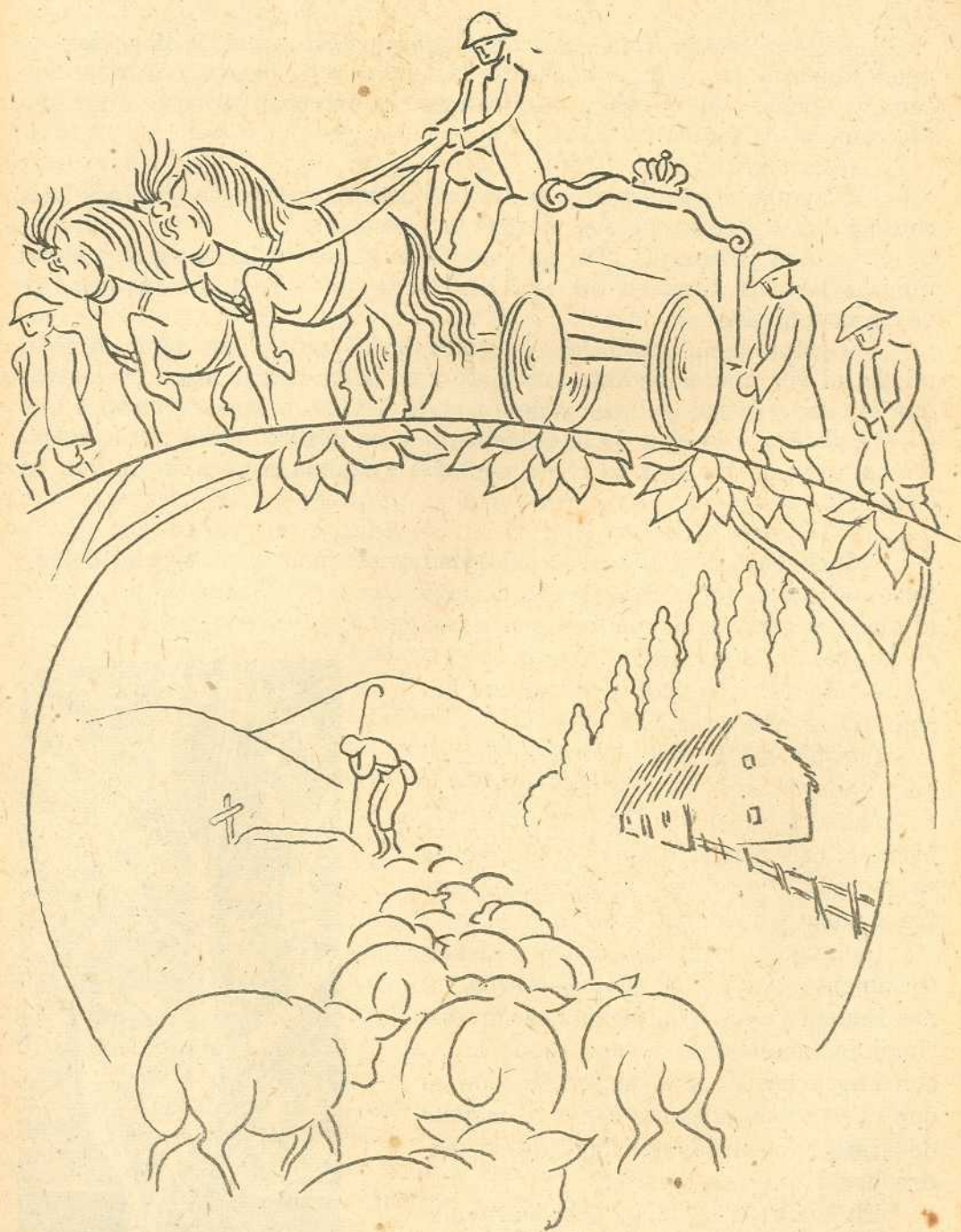
—¡Madre! ¡Madre! ¡Traiga un hacha! ¡Dése prisa, madre!

Porque sabía que no había tiempo que perder. Con la destrel que le entregó su madre, al momento, Jack cortó la habichuela casi a ras de tierra y el gigante cayó desde gran altura, aplastándose contra el suelo y quedando muerto en el acto.

De manera que todo acabó satisfactoriamente. Jack y su madre fueron inmensamente ricos. Jack llegó a ser un distinguido caballero y se casó, desde luego con una princesa, y lo mejor de todo es que se portó en adelante como un modelo de hijos, labrando la felicidad de su madre hasta que ésta murió.

En cuanto a la habichuela maravillosa, después de cortada, se secó por completo y, como no se guardaron sus simientes, nunca más ha crecido otra igual.





Los Dos Príncipes

Los Dos Príncipes

I

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la puedan ver:
en pañuelos de olán fino
lloran la reina y el rey:
los señores del palacio,
están llorando también.

Los caballos llevan negro
el penacho y el arnés;
los caballos no han comido,
porque no quieren comer:
el laurel del patio grande
quedó sin hoja esta vez:
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel.

—¡El hijo del rey se ha muerto!

¡Se le ha muerto el hijo al rey!

II

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor;

la pastora está diciendo:

“¿Por qué tiene luz el sol?”

Las ovejas, cabizbajas,

vienen todas al portón:

¡una caja larga y honda

está forrando el pastor!

Entra y sale un perro triste;

canta allá dentro una voz:

“¡Pajarito, yo estoy loca,

llevadme donde él voló!”

El pastor coge llorando

la pala y el azadón:

abre en la tierra una fosa;

echa en la fosa una flor.

—¡Se quedó el pastor sin hijo!

¡Murió el hijo del pastor!

José Martí



El Zurrón que Cantaba

Erased una madre que no tenía más que una niña, a la que quería muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua a la fuente, que estaba fuera del lugar. Fué la niña, y cuando llegó a la fuente, se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilón a tiempo de llenar el cántaro.

Junto a la fuente estaba sentado un pordiosero viejo y muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba a la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro cuando echó a correr, y dejó alvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa la echó de menos, y se volvió apresurada a la fuente para buscarla; y cuando llegó estaba todavía allí el viejo, que cogió a la niña y la metió en el zurrón. En seguida se fué a pedir limosna a una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba. Ya se ve; las gentes quisieron oirlo, y el viejo dijo con voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse a cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fuí a la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!

Volvíme luego a la fuente
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada que estará!

No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla,
y perdí mi libertad.
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que a las gentes les gustaba mucho oirla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero porque cantase el zurrón.

Yendo así de casa en casa llegó a la de la madre de la niña, y conforme ésta oyó el canto, conoció la voz de su hija, y le dijo al pobre: Tío, el tiempo está muy malo: el viento arrecia, y el agua engorda; quédese aquí esta noche recogido y le daré de cenar.



El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dió tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que después de cenar se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón a su niña, que estaba el alma mía heladita y desfallecida; le dió muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurrón metió a un perro y a un gato.

A la mañana siguiente dió el viejo las gracias, y se fué tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes al zurrón:

¡Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza!

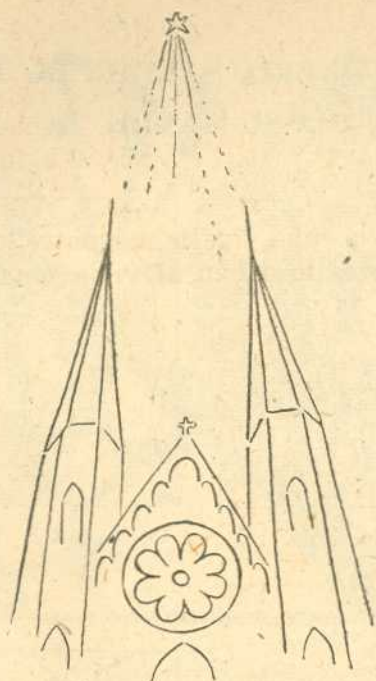
Al punto dijo el perro:

Pícaro viejo, uau, uau.

Y el gato:

Perverso viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonces salieron rabiando el perro y el gato, y el gato se le abalanzó a la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y... aunque testigo no he sido, así me lo han referido.



IGLESIA

Gilberto González Contreras

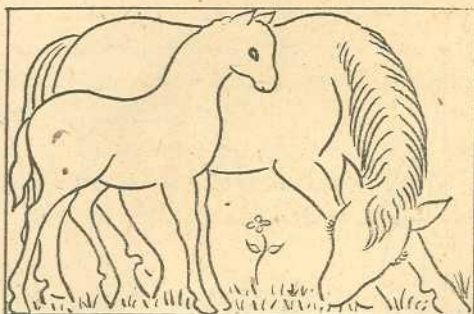
Tus torres son agujas
para ensartar estrellas.

Eres en tu blancor una paloma
con las alas abiertas.

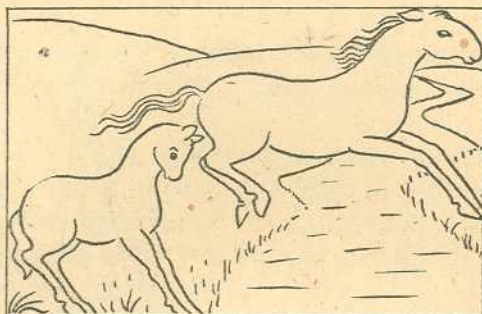
A pesar de tu grave
serenidad concentras
el consuelo de todos los dolores,
la esperanza de todas las tristezas.

En tu pararrayos el sol danza
y las nubes se enredan.

EL CABALLITO QUE QUERIA SALTAR EL RIO PARA SEGUIR A SU MADRE



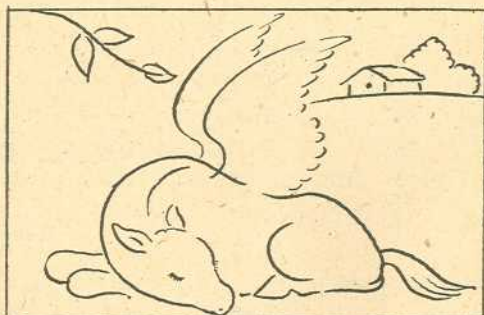
El caballito no quiere separarse de su madre.



Cómo saltar el río, se dice a sí mismo.



Tengo que resolver este problema. Cansado de pensar se duerme y sueña que



tiene un par de alas.

(Continuará)

ADIVINANZAS

1

Muchas lamparitas
muy bien colgaditas,
siempre encandiladas
y nadie las atiza.

3

Más alto que un pino,
y pesa menos que un comino.

2

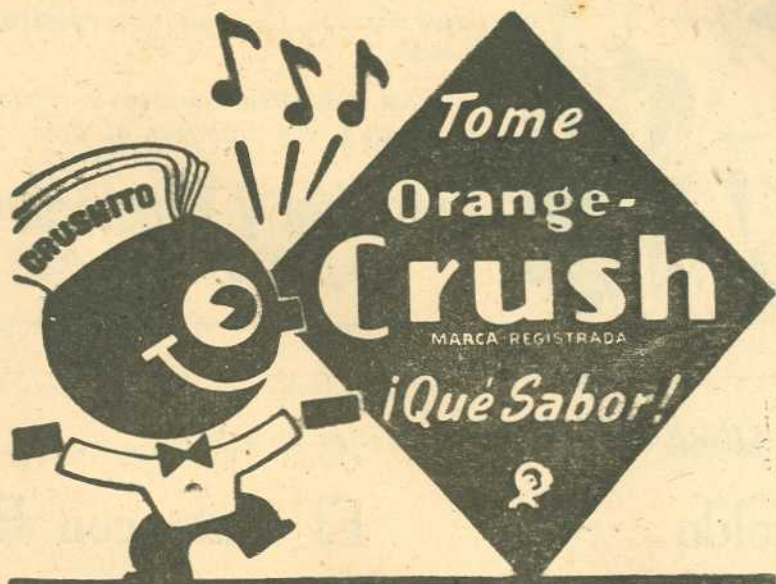
Una arquita muy chiquita
y blanca como la cal,
que todos saben abrir
pero ninguno cerrar.

4

Taleguita remendada
y sin ninguna puntada.

SOLUCIONES A LAS ADIVINANZAS DEL N° 2

1.—La cebolla; 2.—El pollo; 3.—La letra a; 4.—Las chispas.



Elaborado con el jugo y la pulpa de las naranjas del país.

El Almacén

Salas y Zumbado Ltda.

Importación Directa

Ofrece a Ud. un magnífico
surtido de

Loza

Cristalería

Materiales para
Construcción

Herramientas y útiles
escolares

a precios bajos

Heredia - - Teléfono 82

Tienda

Mil Novedades

de ELVIA DE GUTIERREZ

San José

50 vs. al E. del gran Hotel Costa Rica - Av. Central

Heredia: contiguo al Garage Los Angeles

Precioso surtido de:

Artículos para damas y
niños - Adornos de to-
cador - Fantasía, etc.

Nos complacemos en ofrecerle
la más alta calidad a los más
bajos precios.

VISITENOS



Para toda fiesta escolar lleve sus zapatos blancos, renovados con **Gadiol** y recuerde:

La industria nacional es productora de riqueza que favorece al país.

Tintorería y Zapatería Gadi

San José, Costa Rica

En la **LIBRERIA ESPAÑOLA** están a la venta

Bertoldo - El Gato con Botas.
Los Tres Cerditos - El Mago de Oz

en fin, los más famosos cuentos y en las más variadas colecciones

Café Avestruz

con sus conocidas marcas

Nosara - Nacional y San Miguel

Garantiza

AL COMERCIANTE o DETALLISTA:

Confianza absoluta de que expende un producto elaborado con las más seleccionadas calidades de café y bajo el más cuidadoso esmero. Seguridad completa que ofrece un producto legítimo, sin mezclas de ninguna naturaleza.

AL CONSUMIDOR: Seguridad de poder brindarle una bebida sana, nutritiva, de un aroma delicioso e inconfundible que sólo el **CAFE AVESTRUZ** puede proporcionar a su deleite.



TELEFONO

SANCHEZ CORTES Hnos.

APARTADO

No. 18

SUCS. DE JULIO SANCHEZ L.

No. 54

HEREDIA

COSTA RICA

LA MADRE

Mi madre es el ser más puro y más perfecto para mí. Es una flor,
un ángel, es una reina de cuentos de hadas.

Ella me cuida con amor...

Por las mañanas me despierta con un tierno beso.

¡Cómo me gusta oirla partiendo astillitas de leña para encender el
fuego!

Ella, tan tierna, tan dulce, tan pura...!

Yo la amo con todo mi corazón.

María Cristina Rodríguez
VI Grade





EL GRILLO

Conrado Nalé Roxlo

Música porque sí, música vana
 como la vana música del grillo,
 mi corazón eclógico y sencillo
 se ha despertado grillo esta mañana.

¿Es este cielo azul de porcelana?
 ¿Es una copa de oro el espinillo?
 ¿O es que en mi nueva condición de grillo
 veo todo a lo grillo esta mañana?

¡Qué bien suena la flauta de la rana!...
 Pero no es son de flauta: es un platillo
 de vibrante cristal que a dos desgrana
 gotas de agua sonora. —¡Qué sencillo
 es a quien tiene corazón de grillo
 interpretar la vida esta mañana!